

## Robert Antelme y la dignidad del humana del cuerpo en los campos nazis

Joan Albert Vicens

### El ser humano en Auschwitz

Se ha dicho repetidamente que el nazismo consumó su proyecto totalitario en Auschwitz y, dentro de d'Auschwitz, en la figura de los llamados "musulmanes".

Eran los *musulmanes* los prisioneros de los *lager* (campos de trabajo y de exterminio) que se encontraban en la frontera de la vida y la muerte. Primo Levi describe así la figura temblorosa del *musulmán*: "Un hombre demacrado, cabizbajo y con los hombros encorvados en cuya cara y ojos del cual no se puede ya leer ningún rastro de pensamiento; [...] Ellos, la masa anónima, continuamente renovada y siempre idéntica, de los no-hombres que andan y trabajan en silencio, apagada en ellos la llama divina, demasiado vacíos para sufrir verdaderamente. Se duda de llamarlos vivos" (Levi, 101).

En opinión de W.Sofksky, citado por Agamben, el *musulmán* no era un producto impensado del sistema d'Auswitz sino el verdadero objetivo del nazismo en el *lager*: "El *musulmán* encarna el significado antropológico del poder absoluto de manera particularmente radical. En rigor, en el acto de matar, el poder se suprime a si mismo: la muerte del otro pone fin a la relación social. Por el contrario, cuando somete a sus víctimas al hambre



y la degradación, gana tiempo, el que le permite fundar un tercer reino entre la vida y la muerte. También el *musulmán*, como el montón de cadáveres, da pruebas del completo triunfo del poder nazi sobre la humanidad del hombre: a pesar de que se mantiene todavía vivo, este hombre es una figura sin hombre. Al conseguir imponer esta condición, el régimen encuentra su propio cumplimiento" (Agamben, 48).

Los testigos coinciden al evocar a estos cautivos que malvivían sin mucha conciencia de lo que hacían y habían perdido toda capacidad de entenderse con nadie; debilitados hasta el extremo por el trabajo esclavo, enfermos y desganados, sufrían un deterioro físico que los abocaba a la muerte en poco tiempo, en cualquier rincón del campo. Antes de morir, se habían convertido en hombres que no eran hombres.

La situación casi terminal del *musulmán* era el resultado de un proceso de

degradación personal del prisionero que siempre presentaba los mismos ingredientes: la reducción de la existencia humana a sus procesos primarios: comer y beber, dormir, orinar o defecar, resguardarse del frío; la desvalorización de lo inútil para la conservación de la vida; la insensibilización ante el dolor y el mal ajenos; la abulia, la pasividad, la irritabilidad, la depresión, la tendencia a diluirse en la masa, la renuncia a razonar y buscar explicaciones, la concentración obsesiva en las necesidades propias y, en definitiva, la quiebra de los valores vigentes, diríamos, en una “sociedad civilizada”. Así se lo resumió a Elie Wiesel un compañero en Buchenwald: “Escucha bien, chico. No olvides que estás en un campo de concentración. Aquí cada cual tiene que luchar por sí mismo y no pensar en los demás. Ni siquiera en su padre. Aquí no hay padre que valga, ni hermano, ni amigo. Cada cual muere y vive para sí, solo” (Wiesel, 125). “La ley del lager –escribe Primo Levi– decía: Come tu pan y, si puedes, el de tu vecino, aquí no hay lugar para el agradecimiento” (Levi, 164).

Primo Levi plasmó el punto de partida del cautivo en el camino hacia su destrucción: “Imaginad un hombre a quien, junto con las personas amadas, se le arrebatase la casa, las costumbres, la ropa, en fin, todo, literalmente todo lo que posee: será un hombre vacío, reducido al sufrimiento y a la necesidad, carente de dignidad y de discernimiento, puesto que acostumbra a pasarle, a quien lo ha perdido todo, que se pierde a sí mismo” (Levi, 41).

La deshumanización de los cautivos se operaba mediante un conjunto de estrategias bien coordinadas que producían pronto su destrucción psicológica y física. Los recién llegados al *lager* (“piezas” los llamaban en el argot nazi) eran seleccionados para morir inmediatamente en las cámaras de gas o para la esclavitud. Los destinados a vivir eran obligados a desnudarse, se les robaba todo lo que tenían, eran rapados hasta el último pliegue del cuerpo, fumigados, numerados con tatuajes, clasificados según categorías (judíos, gitanos, homosexuales, políticos, prisioneros de guerra...), vestidos con uniformes a rayas. A continuación, se les destinaba a grupos de trabajo en canteras, fábricas o talleres, ocupados en labores agotadoras en largas jornadas de trabajo supervisadas por capataces, los *kapos*, que los trataban a palos.

Los prisioneros se pasaban el día pendientes de tragarse un cazón de sopa aguada y de comer un trozo de pan negro, hasta que podían dormir y recuperar fuerzas amontonados en el suelo o en las literas de los barracones. Tenían que soportar diariamente largas horas de pie en la *Appellplatz*, la plaza central del campo, bajo temperaturas extremas, muertos de cansancio, mientras se hacían los recuentos o se preparaban ejecuciones. Tenían que traficar, negociar o robar, para obtener de los compañeros o en el mercado negro del campo cualquier cosa que les hiciera falta: un botón, una alpargata, un paquete de pitillos, una

correa. Vivían bajo la amenaza de las palizas, las ejecuciones arbitrarias o las selecciones para las cámaras de gas. La vida al campo transformaba a la mayoría, tarde o temprano, en *musulmanes*, el estado que anunciaba la muerte. El prisionero *musulmán* se veía abocado a una situación de abandono de sí mismo y de los otros en la soledad absoluta: “Solo, terriblemente solo en el mundo, sin Dios, sin hombres. Sin amor ni compasión”, decía Wiesel (Wiesel, 80).



La figura del *musulmán* encarnaría, pues, la victoria del totalitarismo nazi sobre el ser humano en Auschwitz. El cuerpo cadavérico del *musulmán*, más que las víctimas de las cámaras de gas o de los fusilamientos, sería la expresión de esta derrota de la humanidad de los internos del *lager*. En el *musulmán*, dice Levi,

“su cuerpo es una ruina”. El *musulmán* representaría la conversión de la persona del cautivo en un cuerpo fantasmal que deambulaba inconsciente por el campo a la espera de la muerte, “carente de dignidad y de cordura”.

Pero si el *musulmán* representaba la derrota de la humanidad en el *lager*, ¿qué podía patentizar la resistencia del ser humano, su dignidad salvada frente a aquel sistema aniquilador?

Hay bastantes testigos de que, en aquellas circunstancias pavorosas, hubo personas, una minoría, que levantaron el estandarte de la humanidad y se enfrentaron a la maquinaria deshumanizadora del nazismo. Pueden citarse ejemplos que cubren un amplio espectro psicológico e ideológico.

Victor Frankl evoca genéricamente “aquellas figuras humanas que recorrían la *apellplatz* o los barracones, dispensando aquí una buena palabra, allá un pedazo de pan” (Frankl, 77), testigos del hecho incontrovertible, según él, de que incluso en aquella situación, quedaba resguardada una libertad espiritual que siempre dejaba abiertas diferentes alternativas.

Elie Wiesel recuerda al joven polaco, jefe de barracón, que recibió a su grupo en Auschwitz con una apelación a la solidaridad, la ayuda mutua y la esperanza: “Todos somos hermanos y sufrimos la misma suerte”, les dijo (Wiesel, 52).

Primo Levi habla con nostalgia de su amigo Lorenzo, “a quien debo estar vivo hoy –escribe- y no tanto por su ayuda material como por haberme recordado constantemente, con su presencia, con su manera llana de ser bueno, que todavía existía un mundo justo fuera del nuestro, algo y alguien todavía puro y íntegro, no corrompido ni salvaje, extraño al odio y al miedo; algo difícilmente definible, una remota posibilidad de bien, por la cual, a pesar de todo, valía la pena resistir” (Levi, 130).

Robert Antelme menciona a Gilbert, el prisionero traductor al alemán que usaba esta destreza como un escudo protector de sus compañeros, a quienes mediante traducciones exculpatorias ahorró más de una paliza, hasta que descubrieron sus argucias y lo delataron como un agitador y un encubridor de ineptos (Antelme, 62).

Podríamos recordar también, como modelos reconocidos de virtud extrema, a Maximilian Kolbe, que aceptó morir de hambre en sustitución de otro condenado, un padre de familia; o a Etty Illesum, la joven judía holandesa que trabajó como delegada del consejo judío en el campo de Westerbork (Holanda) intentando aligerar los sufrimientos de sus compañeros de cautiverio hasta que fue trasladada a Auschwitz, donde murió.

Todos estos ejemplos de resistencia y afirmación humana ante la barbarie nazi despiertan en nosotros una admiración justificada. Representan ciertamente

auténticos milagros de bondad en medio del infierno. Se podría decir que aquellas personas destacaron del resto acreditando la posesión de un reducto “espiritual” capaz de sobreponerse a los condicionamientos materiales más agobiantes. Jean Améry, prisionero en Auschwitz, asegura que las personas con sólidas creencias religiosas o ideales políticos insobornables “sobrevivían mejor o morían con más dignidad” que las que no tenían: “la persona creyente en un sentido amplio –escribe-, tanto si nutre su fe en fuentes metafísicas o imanentistas es capaz de superarse a sí misma. No es reo de su propia individualidad, sino que participa de un continuo espiritual que no se interrumpe nunca, ni siquiera en Auschwitz” (Améry, 69 y 70).

En su reflexión sobre los “hombres de espíritu” en Auschwitz (intelectuales, gente de cultura, religiosos, políticos...), Améry deja a un lado al *musulmán* “porque [este] no tenía ninguna rendija de conciencia donde el bien y el mal, la nobleza y la vulgaridad, espiritualidad y no espiritualidad, se pudieran confrontar. Era un cadáver titubeante, un fajo de funciones físicas en su agonía. Por penoso que parezca –dice-, no nos queda más remedio que excluirlo de nuestras consideraciones”, (Améry, 63).

La literatura concentracionaria ha abonado en ocasiones la idea de que esta “dimensión espiritual” acentuada en una minoría de cautivos se oponía a

la dimensión corporal que predominaba en el resto: las tendencias meramente materiales que movieron en exclusiva a la mayoría de ellos, obsesionados por sobrevivir intentando satisfacer como podían sus necesidades biológicas más elementales: “El pan, la sopa, eran toda mi vida -confiesa Wiesel-. Era un cuerpo. Quizás menos todavía: un estómago hambriento” (Wiesel, 64). El precio de esta reducción del hombre a su cuerpo famélico y asustado sería, lamentablemente, el sacrificio de lo más humano del hombre: la esfera de los valores positivos, la libertad, la justicia, la compasión, la razón, los ideales políticos y morales, la trascendencia.

Parece que se proyecta en aquella situación desafortunada un esquema conceptual que ha recorrido nuestra historia cultural traducido a diferentes fórmulas míticas, filosóficas, teológicas, ideológicas: en el hombre hay un espíritu o una alma, inmaterial quizás, y en todo caso un reducto interior ontológicamente superior al cuerpo, capaz de lo mejor y lo peor, pero llamado a lo mejor: la verdad, la justicia, el bien, la solidaridad, la belleza, Dios...; y hay en el hombre también un cuerpo material, inferior ontológicamente al espíritu, que es como una rémora en la vida personal, algo que nos estorba de nuestro destino superior y que nos empuja a realizar nuestras peores posibilidades. Cuando la persona entera se pone al servicio de su cuerpo y sus necesidades pierde su humanidad, se vuelve egoísta, ya no razona, se confunde con los animales.

De esta manera, la dicotomía espíritu (humano, superior, bueno...)-cuerpo (animal, inferior, malo...) condicionaría la interpretación de lo que aconteció con el ser humano en los campos nazis. El mensaje sería: los cautivos del lager sucumbieron mayoritariamente a su cuerpo y sus necesidades, degradando su condición humana tal y como querían los nazis: murieron espiritualmente antes que corporalmente. Cuando se convertían en *musulmanes* ya no restaba en ellos nada de aquello que es propiamente humano. Afortunadamente, una minoría habría salvaguardado en aquella situación infernal la auténtica dignidad humana y supo entregar su vida sin sacrificar su espíritu reflexivo, valiente, solidario, rebelde, resistente a las exigencias corporales que tumbaban a la mayoría. Por eso dice Levi que “sobrevivían los peores, es decir, los más adaptados; los mejores murieron todos” (Levi, 449).

Aun así, hay quién lo ve de otra manera. Robert Antelme (1917-1990), ya mencionado más arriba, fue un joven periodista de la Resistencia francesa capturado por los nazis en 1944 y deportado a Buchenwald, y después trasladado a Gandersheim y Dachau, de donde salió vivo al final de la guerra. Un año después escribió sus memorias de los campos en el libro *L'espèce humaine*, publicado en 1947. Sin duda, se trata de una de las crónicas más profundas y sobrecogedoras de las vivencias de los campos de trabajo y exterminio de la Segunda Guerra Mundial.



### **La dignidad fundamental del cuerpo que somos**

La idea principal que recorre las páginas del libro de memorias de Robert Antelme se podría expresar así: toda la maquinaria nazi resultó impotente ante el ser humano, que mantuvo en Auschwitz su carácter específico no primariamente fundamentado en las llamadas facultades “espirituales” (inteligencia, sentimientos, valores morales...), sino en su mera corporalidad. No niega Antelme el valor y el alcance de aquellas facultades superiores y reconoce su excelencia en algunos compañeros memorables, idealistas y solidarios hasta la muerte, pero él fundamenta la dignidad humana en la simple realidad física del hombre, su cuerpo. El ser humano permanece incluso cuando todo está pensado para destruirlo. “El verdugo -escribe Antelme- puede matar a un hombre, pero no lo puede transformar en algo diferente” (Antelme, 241).

Es cierto que los nazis habían concebido y organizado los campos como una maquinaria mortal. Los que inicialmente se libraban de las cámaras de gas

se convertían en esclavos, pero su existencia también se encaminaban inexorablemente hacia la muerte en un periodo calculado de tiempo, víctimas del cansancio, la desnutrición y las enfermedades. Otros trenes llegarían abarrotados de deportados que los podrían sustituir. La supervivencia larga en el *lager* era contraproducente: los prisioneros se adaptaban a las rutinas del cautiverio, florecían las mafias, se fortalecían los vínculos, crecía el riesgo de revueltas.

“Estamos todos aquí para morir -reconocía Antelme-. Este es el objetivo que los SS han elegido por nosotros. No nos han fusilado ni nos han colgado, pero cada uno de nosotros, privado racionalmente de comida, tiene que convertirse en un muerto previsto, en un tiempo variable” (Antelme, 47). La vida de los prisioneros estaba programada para que la muerte les llegara pronto. Los cuerpos sufrían en este proceso una transformación que los iba igualando porque, todos juntos, cada vez más desnutridos y delgados, se iban transformando en sus propios esqueletos, recubiertos de una fina piel gris; sus rostros traslucían una calavera, “una cara colectiva y anónima”, de forma que les costaba reconocer quién era quién si no era porque uno llevaba gafas, el otro tenía una cicatriz en la frente y el de más allá caminaba cojo. “Nos transformamos, la cara y el cuerpo van a la deriva, los guapos y los feos se confunden. De aquí a tres meses todavía seremos más diferentes [de como somos ahora] y nos

diferenciaremos todavía menos los unos de los otros. [...] Así que también tenemos que luchar para no dejarnos sepultar por el anonimato” (Antelme, 97).

Mientras tanto, el prisionero trabajaba hasta el agotamiento, dormía poco y suspiraba por el rancho, que siempre era escaso y malo: “somos tubos de sopa que se llenan de agua y mean mucho” (Antelme, 99). En esta situación de calamidad, cada persona quedaba reducida a sus funciones biológicas elementales, era prácticamente incapaz de reflexionar y razonar. Estas funciones del espíritu parecían inútiles en el campo: “el más extraordinario de los pensamientos es incapaz de mover una piedra” (Antelme, 30). Aun así, declara Antelme, en estas condiciones, las víctimas todavía mantenían, como un poso indestructible, su humanidad y su dignidad fundamentadas en su cuerpo; no el cuerpo que cada persona tiene sino el cuerpo que cada persona es.

Este fundamento que perdura cuando “lo espiritual” ha perdido toda relevancia es el mismo cuerpo que somos, el cuerpo que resiste e impone su presencia, su realidad física, que exhibe su fuerza en la debilidad y hace patente su carácter humano en el mero ejercicio de sus funciones biológicas y no al margen de ellas. Estas funciones corporales no nos restan dignidad, sino que cimientan nuestra realidad personal y nuestra dignidad. Lo que muchos sitúan en los niveles más bajos de la naturaleza humana, lo que dicen que nos

hace semejantes a los animales, fue, paradójicamente, nos muestra Antelme, el centro nuclear de la dignidad humana de los desafortunados prisioneros del *lager*. Vamos a mostrarlo mediante algunos textos de *L'espèce humaine*.

### 1. Dormir

Dormir representa la suspensión de la vida consciente. Dormimos para reponer fuerzas, para descansar. Mientras dormimos, ponemos entre paréntesis la reflexión y la acción deliberada; los sueños nos acometen al margen de nuestra voluntad, como productos de una fantasía que no controlamos. Aun así, tenemos que dormir, sin dormir no somos aptos para hacer nada más. Quienes querían mantener a los prisioneros de los campos en la condición de esclavos les tenían que permitir dormir si habían de serles útiles. Así, en el dormir, pura función corporal, recuperaban en cierto modo su independencia y su libertad: “Tenemos derecho al sueño -escribe Antelme-. Los SS lo aceptan, es decir: por unas horas consienten en dejar de ser nuestros SS. Si mañana quieren tener materia con qué ensañarse, tenemos que dormir. No pueden prescindir de esta necesidad” (Antelme, 41).

### 3. Comer

Dormir y comer. La vida de los cautivos se concentraba antes de que nada en la satisfacción de estas dos necesidades básicas. Dormir para descansar;

descansar para aguantar agotadoras jornadas de trabajo, las interminables horas de los recuentos. Comer para mantenerse de pie, para trabajar sin caer desplomado, para no abonar el terreno a las infecciones, la disentería o los edemas que preludiaban la muerte. Como la comida que recibían era completamente insuficiente, cada cual se buscaba la vida como podía. Algunos reptaban a oscuras hasta las cajas de basura de las cocinas buscando cáscaras de patatas o de nabo con qué “completar” la exigua dieta a que estaban condenados. Comer la basura, aun así, sería cosa de perros; cuando los guardianes descubrían a aquellos infelices removiendo los desechos creían que esto confirmaba su nulo valor personal: los miserables mostraban de esta manera el nivel de indignidad a que estaban dispuestos a rebajarse. Entonces los apaleaban y los castigaban a trabajar más. El comportamiento de las víctimas, una vez más, se adecuaba al diagnóstico previo de los verdugos: no eran seres humanos, eran más bien como animales y así había que tratarlos. Pero también muchos de sus compañeros los censuraban por haber descendido a un nivel de postración que desacreditaba a todos los prisioneros.

Pues bien, para Antelme, comer desechos como perros afamados no representa ningún indignidad sino todo el contrario: este acto primario de supervivencia exhibe la fuerza del ser humano que se autoafirma allí donde lo quieren destruir. Leemos en *L'espèce humaine*: “Quien

desprecia al compañero que come pieles de patata y otras cosas que se tiran a las cajas del comedor, lo desprecia porque este compañero ya no se respeta. Piensa que comer pieles de patata no es digno de un político. Muchos han comido pieles de patata. Ciertamente no eran conscientes, la mayoría a veces, de la grandeza que puede esconder este acto. Eran sobre todo sensibles a la decadencia que este acto consagraba. Pero nadie tendría que denigrarse por recoger pieles... Las perspectivas de liberación de la humanidad en su conjunto pasan por aquí, por esta degradación. Cuanto más somos impugnados como hombres, más tenemos la oportunidad de ser confirmados como hombres” (Antelme, 106). Comer desechos es en el fondo un acto de revuelta contra el decreto mortal que pesa sobre la existencia de los cautivos. “Me queréis destruir -imaginamos que mascullaría alguno de ellos-, queréis reducir mi cuerpo a su esqueleto; pues bien, me niego; me alimentaré como los perros para que nunca se llegue a hacer efectiva vuestra condena”. “Si todo está orientado a eliminar a los cautivos -dice Antelme-, la única finalidad de cada uno de nosotros es impedir esta muerte” (Antelme, 47).

### 3. Orinar y defecar

Fijémonos también en estas otras acciones que situamos en el peldaño más bajo de nuestra vida personal: defecar y orinar. Compartimos estas funciones con cualquier animal. El cuerpo nos las

impone. Se las asocia con aquello más desagradable del ser humano, algo que hay que hacer reservadamente, lejos de los otros, para no ensuciar los espacios comunes y porque se trata de operaciones “degradantes”. Aún así, en el campo de concentración, las acciones de defecar y orinar delimitaban, como el dormir, un espacio de independencia y de libertad que los guardianes del campos estaban obligados a preservar. Así lo dice Antelme: “Los SS toleran igualmente que meemos y caguemos. Por eso nos obligan incluso a reservar un lugar que se llama *abort*. Mear no es nada extraño para los SS; mucho menos que quedarse simplemente de pie mirando hacia adelante, con los brazos caídos. El SS se inclina ante la aparente independencia del hombre que mea: debe de creer que para el prisionero mear es exclusivamente una servidumbre el cumplimiento de la cual le tiene que permitir ser mejor, trabajar más y hacerlo más dependiente en sus tareas; el SS no sabe que cuando alguien mea se evade. Por eso, a veces, nos ponemos contra un muro, nos abrimos la bragueta y fingimos que meamos” (Antelme, 42).

No es extraño que las hileras de letrinas hayan sido en los campos de trabajo, espacios de encuentro personal entre los prisioneros, lugares de relativa tranquilidad, de concentración en aquello que es privado, personal. Los espacios de las letrinas eran demasiado apestosos e infecciosos para que los guardianes se acercaran a ellos. Esto permitía a los cautivos sentirse libres en las letrinas.

En este caso, lo más “bajo” contribuía a preservar lo más grande del ser humano: en los lugares más asquerosos era posible la independencia, la libertad, el encuentro y el diálogo con el otro.



En algunos campos, los prisioneros podían salir de los barracones, en plena noche, a orinar. Esta operación irrelevante le permitía el prisionero Antelme encontrar un espacio de soledad y de intimidad y le dio ocasión de experimentar la belleza del cielo sobre su cabeza. El acto de mear iba ligado en su caso a la experiencia de la propia individualidad y de la trascendencia: “Mientras meaba, por la noche -leemos- me sentía vivo. Me lo tenía que creer. Una vez más había mirado hacia arriba. He pensado que quizás yo era el único que en aquel momento miraba así la noche. En medio del humo de la orina, bajo el vacío, en medio del horror, era feliz. Sin duda es así como se tiene que decir: aquella noche era bella” (Antelme, 121-122).

#### 4. Pudrirse

Como hemos dicho, las calamidades del campo acababan convirtiendo a los prisioneros en *musulmanes*, ruinas humanas, personas que anticipaban en vida su putrefacción. Entre los *musulmanes*, Antelme encontraba compañeros que no se distinguían por haber hecho nada notable; en ellos no habían lucido las virtudes que calificarían a los mejores seres humanos: el valor, el espíritu de revuelta, la solidaridad activa con los otros, etc. Su estado de abandono entre la vida y la muerte representaría, como hemos leído en Sofksky, el objetivo final del sistema concentracionario nazi.

A pesar de todo, Antelme habla de musulmanes que merecían ser recordados por lo que *no* habían hecho, por no haber hecho nada. *Elegir no hacer, no hacer nada*, parece poca cosa. En general, como decimos, estamos más dispuestos a exaltar a quienes hicieron algo efectivo, positivo, heroico, que manifestara su calidad espiritual: los inconformistas, los rebeldes, los luchadores, quienes hicieron frente a la situación, quienes crearon vínculos liberadores con sus compañeros, los líderes positivos en medio de la barbarie. Sobre todo estos concitarían nuestra atención y nuestro reconocimiento, porque ellos sí que pondrían de manifiesto con creces lo que el ser humano es capaz de ser cuando pone de relieve lo mejor de sus capacidades, orientadas a valores superiores. En cambio, aquellos otros que no hicieron nada, quienes

se arrastraron por los campos con mucha pena y sin ninguna gloria, hasta pudrirse en vida, representarían la impotencia, la servidumbre, la derrota de la humanidad humillada.

Antelme, también en este caso, lo ve de su manera. Muchos de quienes se limitaron a ser (estar) sin hacer nada eran también héroes; en ellos brillaba la humanidad a pesar de que al final de su camino sólo podían exhibir el bagaje de su pasividad corporal: tan sólo estaban ahí y no hicieron nada, pero, porque no hicieron *nada*, tampoco se aprovecharon de nadie, no buscaron privilegios, no contemporizaron con los *kapos* ni con los SS, no fueran cómplices activos de la barbarie nazi. Dejando de hacer todo esto se dejaron morir, acabaron sus días como desechos humanos, *musulmanes*, pero en su impotencia y en su presencia pura, pasiva, sólo corporal, fueron también ejemplos de autorespeto y de dignidad humana.

Este es el caso de Jacques, un compañero al borde la muerte a quien Antelme recuerda en un discurso exaltado que dirige figuradamente a un SS: "Míralo, lo has convertido en este hombre podrido y amarillo, el que más se asemeja al que piensas que él es por naturaleza: el desecho, una basura: lo habéis conseguido. Pues bien, os diremos lo siguiente, algo que os dejaría secos si el error pudiera matar: le habéis permitido convertirse en el más completo de los hombres, en el más seguro de

sus poderes, de los recursos de su conciencia y del alcance de sus actos, en el más fuerte. No es que los desgraciados sean los más fuertes, no es tampoco que el tiempo esté de parte nuestra. Es que Jacques dejará de correr los riesgos que le hacéis correr y que vosotros dejaréis de ejercer el poder que ejercéis, y es que ya podemos responder a la pregunta de si habéis ganado en ningún momento. Con Jacques no habéis ganado nunca. Queríais que robara y no ha robado. Queríais que lamiera el culo a los *kapos* para comer y no lo ha hecho. Queríais que riera para caer bien cuando un *meister* vapuleaba a un compañero y no ha reído. Queríais sobre todo que dudara si una causa merecía que se descompusiera de esta manera como lo ha hecho, y no ha dudado. Disfrutas ante ese deshecho que se mantiene de pie ante tus ojos, pero es a ti a quien han estafado, jodido hasta la médula de los huesos [...]. Nosotros os hemos engañado como nadie lo ha hecho y os traemos hasta las últimas consecuencias de vuestro error... Ahora es cuando, vivo y semejante a unos despojos, nuestras razones triunfan?" (Antelme, 98-99).

Jacques es para Antelme, en su pasividad y su silencio, un ejemplo de conciencia irreducible. En él no era cierto que quién calla otorga. Callar, no hacer nada, era el mayor poder que la mayoría de cautivos *podía y sabía* exhibir en el campo. No nos atrevamos, pues, a dejar de lado a nadie en Auschwitz, no condenemos apresuradamente a

quienes permanecieron silenciosos y pasivos: a quienes no hicieron nada también podríamos añadirlos al elenco de los héroes.

## 5. Morirse

Llegamos al final del trayecto siniestro. Antelme se refiere a un cuerpo muerto en la litera. El cuerpo muerto que describe ha perdido su condición de cuerpo humano y ya sólo queda reducirlo a ceniza en el horno crematorio. Pensamos en el cuerpo de un prisionero que ha sucumbido al trabajo forzado, a la desnutrición, el frío, las infecciones, los edemas, el abandono de sí mismo, la soledad. El *musulmán* ha muerto. El cuerpo en la litera es el cuerpo de un hombre que "ya no podía más". Aparentemente, este muerto sería la culminación del proceso destructivo que encarnaba el campo de exterminio. *Para* eso existían los lager primariamente: para matar personas (judíos, gitanos, homosexuales, prisioneros políticos y de guerra...) después de haberlas destruido lentamente.

Antelme, sin embargo, ve en la desnuda presencia física del cadáver una bofetada de la humanidad indestructible contra el poder nazi: "El muerto es más fuerte que el SS. El SS no puede perseguir al compañero en la muerte. Una vez más, el SS se ve obligado a conceder una tregua. Está rozando un límite. Hay momentos en que uno mismo podría matarse únicamente para forzar al SS a chocar con este límite, contra el objeto cerrado

en que se convierte; el cuerpo muerto que da la espalda al SS se ríe de su ley. En poco tiempo el muerto será más fuerte que él, como los árboles son más fuertes, y las nubes, y las vacas, y aquello que denominamos cosas y que envidiamos sin cesar. La empresa de los SS no se arriesga hasta el punto de llegar a negar las margaritas de los prados. La margarita se mofa de su ley, como el muerto. El muerto ya no es una presa. Si lo golpean, lo descuartizan, la misma impasibilidad del muerto, su inercia perfecta devolvería todos los golpes recibidos. Por eso no siempre tenemos un miedo absoluto a morir. Hay momentos en que la muerte, sólo porque es una salida brutal, aparece precisamente como una manera simple de irse de aquí, de dar la espalda, de que todo te importe un pito” (Antelme, 104).

## 6. La especie humana

Las reflexiones de Robert Antelme sobre el *lager* miran al hombre en su integridad, pero no ponen la humanidad del hombre primariamente en aquello que denominamos el espíritu y sus productos. No se olvida, naturalmente, de aquellas capacidades que *distinguen* al ser humano y son los signos evidentes de su condición específica. Él mismo es un idealista y un internacionalista y admira a los compañeros que profesan todavía sus ideales humanistas en el infierno del campo. Pero no acepta que el precio de esto sea una “segunda condena”, mediante el juicio moral, de aquellos otros prisioneros que vivieron y murieron

en el *lager* con la pura ostentación de sus cuerpos cansados, hambrientos y esqueléticos, sin dar demasiadas señales de que en ellos alentara un alma superior.

Para muchos, los héroes del *lager*, los espiritualmente fuertes -Kolbe, Frankl, Illesum y tantos otros-, tendrían que ser recordados y honrados, pero la mayoría decrepita y silenciosa que deambulaba fantasmalmente entre los barracones sólo sería digna de la pena y de la compasión que son el prelude de la indiferencia y del olvido.

Antelme se subleva contra esta segunda condena y reivindica la humanidad y la dignidad ligada a la vida corporal en sus funciones mínimas. En su corporalidad el hombre es humano; en el cuerpo, la humanidad completa de cada cual está latiendo; en el hombre que duerme, come, orina o defeca está el hombre entero, no una parte de él que no haría falta ni mencionar; en la persistencia de la vida corporal, encontramos un ser humano con su dignidad llena; en el *musulmán* que avanza como un autómatas hacia su litera intentando ganar, con el descanso, unas horas más de vida, se levanta el hombre digno que concentra inconscientemente la poca fuerza vital que le queda contra la condena a muerte decretada contra él. “Negados sin medida, aquí estamos todavía”, proclama Antelme.

Cuando se pretende que el hombre, reducido a sus funciones corporales, viva como una bestia, es el mismo cuerpo

humano el que se planta y mantiene la humanidad de pie, resistiéndose a ser negada: “El hecho de que se cuestione la calidad del hombre provoca una reivindicación casi biológica de pertenencia a la especie humana. Más tarde nos sirve para meditar sobre los límites de esta especie, sobre la distancia en relación a la naturaleza y su relación con ella, y por lo tanto sobre cierta soledad como especie y, finalmente, nos sirve para concebir una visión clara de su unidad indivisible” (Antelme, 11).

Y no se trata de decir que las víctimas de los campos eran irrefragablemente humanas, mientras que los nazis eran unas bestias desbocadas. Antelme no quiere decir esto. Unos y otros eran seres humanos, unos matando, los otros muriendo. Lo que nos quiere hacer entender es que no es posible que el hombre deje de serlo; los nazis no tenían la capacidad de ser más que hombres y no tenían el poder de hacer que los cautivos fueran menos que hombres: “El reino del hombre, que actúa y significa, no cesa -leemos en *L'espèce humaine*-. Los SS no pueden mutar nuestra especie. Ellos mismos están encerrados en la misma especie y en la misma historia que nosotros. *No tienes que ser*: se ha montado una enorme maquinaria a partir de esta irrisoria voluntad de imbéciles. Han quemado hombres y hay toneladas de ceniza, pueden pesar en toneladas esta materia neutra. *No tienes que ser*; pero no pueden decidir en lugar de este que será ceniza de aquí un rato, no pueden decidir que ya no es nada. Tienen que contar

con nosotros mientras vivamos, y también depende de nosotros, de nuestra voluntad de seguir siendo; que en el momento en que acaben de hacernos morir tengan la certeza de haber sido totalmente estafados” (Antelme, 83). “No hay ninguna ambigüedad -continúa diciendo Antelme-, seguimos siendo hombres, moriremos siendo hombres. La distancia que nos separa de otra especie sigue intacta, no es histórica. El hecho de creer que tenemos la misión histórica de cambiar la especie es un sueño SS y, como esta mutación es hace demasiado despacio, matan” (Antelme, 239-40).

El poder nazi, con su fuerza descomunal, con su siniestra maquinaria de destrucción en pleno funcionamiento, no consiguió alumbrar a nuevos superhombres y tampoco pudo anular la humanidad de los habitantes desgraciados del lager, ni siquiera de los *musulmanes*, porque no tenían manera de conseguir que aquellos hombres, hambrientos, agotados, torturados, podridos y muertos, dejaran de ser seres humanos. “Los SS no pueden mutar nuestra especie; ellos también forman parte de nuestra especie y de nuestra historia. Pueden decretar que no existimos pero, mientras tanto, tienen que contar con nosotros; tampoco pueden detener la historia. Ellos tienen poder y nosotros también [...] Porque somos hombres como ellos, los SS se verán en definitiva impotentes ante nosotros. Porque habrán intentado cuestionar la unidad de esta especie, serán finalmente derrotados” (Antelme, 240).

Y era el cuerpo, principalmente, el cuerpo de las víctimas, el que acreditaba y salvaba primariamente su humanidad y su dignidad en la unidad de la especie humana.

**Obras citadas:**

-J. Amery, Más allá de la culpa y la expiación, Valencia, Pre-Textos, 2013.

-G. Agamben, Lo que queda de Auschwitz, Valencia, Pre-Textos, 1990.

-Primo Levi, La trilogía d'Auschwitz, Barcelona, Ed. 62, 2005.

-Viktor E. Frankl, **El hombre en busca de sentido**, Barcelona, Ed. 62, 2009.

-Robert Antelme, **L'espèce humaine**, Paris, Gallimard, 2007. Hay traducción castellana de Trinidad Richelet: R. Antelme, La especie humana, Madrid, Enarena Libros, 2001.

-Elie Wiesel, Trilogía de la noche, Barcelona, El Aleph, 2008